La oración de Jesús

Meditación sobre Mt 11,25-30

Nos dice Juan en su evangelio que «Al día siguiente, de nuevo estaba Juan [el Bautista] y con él dos de sus discípulos; y fijando los ojos en Jesús que caminaba dice: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos y se fueron en pos de Jesús. Vuelto Jesús y viendo que le iban siguiendo, les dice: Qué buscáis. Ellos le dijeron: Rabí (que traducido quiere decir "Maestro"), ¿dónde moras? Les dice: Venid y lo veréis. Fueron, pues, y vieron dónde moraba, y se quedaron con Él aquel día. Era hacia la hora décima» (Jn 1,35-39).

Pero a nosotros no nos dice el evangelista dónde mora Jesús. Para saberlo tenemos que seguir al Maestro a lo largo de todo el Evangelio. Al terminar habremos descubierto que Jesús mora en la oración; la comunión con su Padre, que es la oración de Jesús, es su verdadera morada en este mundo.

¿Y de qué trata Jesús con su Padre en la oración? Porque los evangelistas nos hablan continuamente de la oración de Jesús: de cómo se iba a un lugar apartado, bien de madrugada, para orar; o se subía, Él solo, a un monte; o pasaba la noche en oración. Pero muy pocas veces nos han dejado el contenido de la oración de Jesús. Una de estas pocas veces es el texto de Mateo que vamos a meditar. De esta página dice M. J. Lagrange que es "la perla más preciosa de Mt".

El marco es: Jesús lleva ya un cierto tiempo anunciando que el reino de Dios está cerca e invitando a la conversión. Unos aceptan su predicación y otros no. Jesús no se altera. Él no ha venido a tener éxito, sino a cumplir la voluntad de su Padre Dios; y esa voluntad le llena el alma de gozo, un gozo que se desborda en alabanza: «Tomando Jesús la palabra dijo: Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y entendidos y se las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque esa fue tu voluntad».

En la expresión "estas cosas" está contenido el Misterio de la

Redención que Dios ha realizado en Cristo Jesús. Sólo las almas sencillas pueden acogerlo. Ése es el caso de Zacarías que, lleno de Espíritu Santo, comienza su cántico diciendo: «Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo» (Lc 1,68s). Pero Dios nos visita en un Niño. El Niño de Belén es la fuerza de salvación que Dios nos envía. No es extraño que los poderosos de este mundo rechacen el Designio del Padre. Es triste, pero no es extraño. Almas sencillas son los pastores, a los que el ángel, después de decirles: «No temáis, pues he aquí que os traigo una buena nueva que será de grande alegría para todo el pueblo, que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor», les dice que les va a dar una señal. ¿Y qué señal será proporcionada a ese mensaje? Unos pañales. «Y esto os servirá de señal: hallareis al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre». No es extraño que a los sabios y entendidos de este mundo todo esto les parezca cosa de niños. Y es que realmente es cosa de niños. Desde que Dios, en la Persona del Hijo, ha venido al mundo en el Niño de María, las cosas de Dios son cosas de niños. Y sólo las gentes de corazón sencillo las entienden. Los pastores se tomaron en serio el anuncio del ángel y fueron a Belén a toda prisa, «y hallaron a María y a José, y al niño recostado en el pesebre». Y cuando terminan de hacer lo que tenían que hacer allí, «se tornaron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que oyeron y vieron, conforme les habían sido anunciadas» (cf Lc 2). Y así ha sido hasta hoy. Ésta es la historia de la santidad en la Iglesia: almas sencillas que aceptan la Revelación y viven para dar gloria a Dios.

Seguimos escuchando a Jesús: «Todo me fue entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo. Venid a Mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera».

Plenitud, totalidad y exclusividad de la relación entre el Padre y el Hijo en el dar y recibir y en el conocer y ser conocido. La razón de la Encarnación del Hijo de Dios es darnos de la plenitud que

recibe del Padre.

El que va a Jesús buscando alivio y para aprender de Él puede hacerlo con confianza. Jesús es amable y humilde de corazón. No pretende engañar ni manipular a nadie. Lo que Él quiere es introducirnos en su oración, en la relación filial que tiene con su Padre Dios; quiere darnos a participar de su condición de Hijo para que podamos llamar a Dios Abba, Padre. Entonces podremos llevar su carga, que es suave y ligera porque consiste en hacer siempre lo que agrada a su Dios. Así hallaremos descanso para nuestras almas, y nuestra vida será una continua alabanza de Dios. Ése es el misterio de la Navidad.